cuya profundidad y vasta ciencia me complazco en reconocer. Al explicarnos Kant que la voluntad es á la vez lo que ordena y lo que obedece, hace una definición transcendental que no es más comprensible ni más convincente que la explicación teológica de la unidad de las tres naturalezas de Dios; la definición de T. Ribot, según la cual la voluntad sería «la reacción del *yo* sobre las impresiones del mundo exterior» es demasiado amplia y abarca hablando con propiedad toda la conciencia que en tanto que deriva de impresiones sensoriales y toma todo su contenido de las impresiones (dejo á un lado la cuestión de saber, si nos es preciso admitir representaciones *a priori*), no es asimismo más que «una reacción del *yo* sobre las impresiones del mundo exterior»; pero una definición que tendría que llevar á admitir que conciencia y voluntad son idénticas, no puede ser exacta. Quien se coloque en el punto de vista psico-físico podrá decir conmigo: la voluntad es la actividad de un centro cuya única misión en el organismo es producir contracciones de los músculos, dicho de otro modo, distribuir impresiones motrices; filosóficamente, esta definición de la voluntad se aproxima á la de Schopenhauer, puesto que Schopenhauer llama voluntad á aquello que causa movimientos no sólo en un organismo, sino también en las cosas inorgánicas, y como quiera que todo fenómeno es en último análisis un movimiento ó una resistencia á un movimiento, es decir un movimiento pasivo, la voluntad sería por ende la esencia de todos los fenómenos, por consiguiente del mundo. Yo no voy tan lejos; á pesar de la semejanza teórica, ó aún si se quiere de la identidad entre la caída de una piedra y el paso de un hombre al andar, se está no obstante autorizado para distinguir en la práctica estos dos movimientos el uno con respecto del otro, y para no emplear la misma designación para lo que causa la caída de la piedra y lo que causa el paso del hombre. Calificaremos, pues, de voluntad la causa de impulsiones motrices únicamente en los organismos y no veremos en la voluntad sino un fenómeno que acompaña á la vida; que puedan provocarse contracciones musculares no sólo por la voluntad, sino también por otras influencias, por ejemplo por medio de una corriente galvánica, nada prueba contra la exactitud de mi definición, puesto que, en

primer término, es admisible que un mismo fenómeno pueda ser provocado por causas diferentes, y que en segundo lugar, nada nos prueba que la voluntad no es también una especie de fenómeno eléctrico: se habla de «corrientes nerviosas», «fuerza nerviosa» «fluido nervioso», expresiones todas que sugieren la idea de que el centro de voluntad es una especie de batería eléctrica y la impulsión motriz enviada á los músculos una especie de corriente eléctrica. Se objetará acaso que la voluntad provoca también fenómenos que no pueden ser simplemente llamados movimientos musculares; hacemos, por ejemplo, incontestablemente estuerzosde voluntad para recordar alguna cosa, y sin embargo la memoria no es una actividad muscular; á ésto replico: la memoria no obedece de hecho á la voluntad sino de una manera muy imperfecta, y creo que la voluntad no obra sino muy indirectamente sobre el centro de la memoria, produciendo en los vasos que conducen la sangre al centro de la memoria contracciones y dilataciones, es decir movimientos de los músculos lisos no subordinados á la verificación directa de la conciencia. La afluencia más abundante de la sangre

excita al organo á una mayor actividad y puede en este caso á veces, suministrar á la conciencia el recuerdo que se desea y que no podía obtenerse del órgano referido mientras recibía menor cantidad de sangre y trabajaba con menor actividad; persisto, pues, en creer que ningún hecho psico-fisiológico de que yo tenga conocimiento, contradice la tésis de que la voluntad es la actividad de un órgano que distribuye impulsiones motrices.

Mas ahora hay que responder á estas dos preguntas: ¿cómo las impresiones motrices simples distribuídas por la voluntad causan movimientos eficaces y cómo la voluntad misma es excitada á su actividad específica? Se halla la respuesta á estas preguntas recordando que la vida en general es un fenómeno muy complicado y que toda actividad vital superior, especialmente, no se origina sino por la colaboración reciproca de diversos órganos. La voluntad causa solamente contracciones musculares y nada más; pero los centros de coordinación se apoderan de la impulsión y la distribuyen á los músculos que han de contraerse para producir los movimientos deseados y eficaces, y producirlos no sólo

en la forma deseada sino también en el grado de energía deseado; los centros de coordinación representan así con respecto á la voluntad poco más ó ménos el papel que en un aparato eléctrico representan con respecto á la batería los conmutadores, interceptores y resistencias intercaladas. Pero ¿quién ha enseñado á los centros de coordinación á que sepan reconocer los músculos que han de contraerse á fin de que un determinado movimiento sea ejecutado de la manera y con la energía deseadas? no es sino la experiencia del individuo y de la especie entera desde que existe, experiencia que está organizada y obra automáticamente; ¿y cómo es excitada la voluntad á su actividad específica? mediante la acción de todos los otros centros, por la inducción podríamos decir empleando una noción del dominio de la ciencia de la electricidad. Una simple impresión sensorial puede sin intervención de la conciencia, hacer que la voluntad emita una impulsión motriz; de aquí nace un movimiento reflejo que con absoluta falsedad, se llama «involuntario»; este movimiento no es involuntario, es decir no ordenado por la voluntad, no es sino inconsciente; la actividad

automática de los centros elevados, es decir las emociones, excitan igualmente á la voluntad; esta causa de un acto de voluntad llega á la conciencia con esa semí-claridad propia de las emociones que hemos descrito más arriba; la actividad personal, por último, nueva, no organizada de la conciencia, es decir el juicio, la cogitación, puede ser también causa de un trabajo de voluntad. El juicio, por sí mismo, no «quiere»; forma tan sólo una representación de algún movimiento simple ó compuesto ó aun de largas séries de movimientos sucesivos que en una situación dada, le parecen útiles; cuando el organismo está sano, regularmente desarrollado y en equilibrio, esta representación basta para llevar al centro de voluntad á emitir una impulsión motriz; la conciencia se entera después de ocurrido el hecho, por las impresiones del sentido muscular que son conducidas hasta ella, de que el movimiento ha sido realizado; el processus es pues el siguiente: el juicio forma una representación de movimientos, la voluntad proporciona las impulsiones necesarias para producirlos, los centros de coordinación distribuyen estas impulsiones de conformidad con el objetivo

y el sentido muscular anuncia al cerebro el movimiento efectuado; no hay de consciente en este processus más que el principio y el fin, la representación del movimiento que el juicio ha elaborado y el conocimiento del movimiento realizado; lo que pasa en el intervalo de estos dos términos se sustrae á la conciencia: el cómo la representación de movimiento se ha convertido en movimiento, no lo conoce la conciencia, pero una observación insuficiente ha envuelto en la obscuridad esta sucesión tan sencilla y tan clara de actos orgánicos: la voluntad misma ha sido colocada en la conciencia porque se es consciente de las representaciones de movimiento y de los movimientos ejecutados. Y sin embargo la experiencia enseña que la representación del movimiento aun la más viva no es necesariamente seguida de un movimiento y que por ende, el juicio no es en manera alguna por sí solo todavía la voluntad: en la neurastenia, el centro de voluntad se sustrae á la influencia del juicio; por mucho que se quiera en este caso, representarse movimientos, no son ejecutados; se dá uno perfectamente cuenta de la utilidad de tomar un libro ó de atravesar la calle, pero no pue-

de decidir á sus brazos ó á sus piernas á que efectuen los movimientos necesarios para ello; no está uno en modo alguno paralizado, es uno perfectamente capaz de ejecutar, por ejemplo, órdenes ajenas. El paciente dice en este caso: «quiero, pero no puedo» lo cual es inexacto; la verdad es que piensa, pero no quiere; el centro de juicio funciona, pero no el centro de voluntad; con mucha frecuencia se dice de ciertos hombres que son débiles de voluntad; esto por regla general es inexacto: lo que con más frecuencia es débil, es el centro de juicio que no es capaz de elaborar con suficiente claridad representaciones de movimiento determinadas. Hé aquí porqué estas personas no pueden conseguir que la voluntad entre en actividad, pero cuando el juicio de un extraño les comunica estas representaciones de movimiento, es decir les aconseja ó les ordena, esas mismas personas ejecutan vigorosa, segura é irresistiblemente los movimientos, lo cual prueba que su centro de voluntad es suficientemente fuerte.

La misma observación se aplica á los casos en los cuales se habla de un desacuerdo de voluntad ó de un acto de pasión que se

sustrae á la influencia de la voluntad; no reina tal desacuerdo en la voluntad, sino en el juicio; no existen «dos voluntades que combaten entre ellas», sino dos representaciones, ninguna de las cuales es bastante clara ni precisa para poder incitar á la voluntad á una impulsión. En cuanto una representación llega á ser por completo precisa, triunfa de la otra y pone en actividad á la voluntad; á Hamlet no es voluntad lo que le falta, sino juicio; su centro de juicio no se muestra bastante vigoroso para elaborar una representación determinada de movimientos útiles; si pudiera hacerlo, su voluntad ejecutaria también los movimientos necesarios, suponiendo que el centro de voluntad esté sano, punto acerca del cual nada nos indica Shakespeare. Y cuando, bajo el imperio de la pasión, un hombre hace ó se abstiene de hacer alguna cosa que la razón parece prohibir ú ordenar, no es que «la voluntad ha sido impotente» como dicen las frases de novela, sino que la actividad automática emocional de los centros supremos era más fuerte que su actividad libre cogitacional, las representaciones conscientes del juicio no han predominado sobre el tra-

bajo organizado, semí-consciente o inconsciente de los centros cerebrales; la voluntad ha recibido la más poderosa excitación del automatismo de estos centros y realizado las imágenes motrices que han sido producidas automáticamente y no las que lo han sido en plena conciencia. La voluntad ha sido, pues, suficientemente fuerte; tan sólo el juicio es el que ha sido impotente para atajar el trabajo automático de los centros supremos y para obrar sobre la voluntad por medio de su trabajo libre consciente.

Nosotros no confundiremos el juicio y la voluntad y en presencia de indecisión ó de actos no razonables de la pasión ó tan sólo de la costumbre, no diremos que se trata de flaqueza de voluntad, sino de debilidad de juicio; no podremos admitir que exista una real debilidad de voluntad sino cuando en un hombre sano (allí donde no está perturbada la relación entre el centro de juicio y el centro de voluntad y donde ambos funcionan de una manera suficientemente vigorosa, pero son incapaces de ejercer normalmente influencia recíproca y mútua el uno sobre el otro), representaciones muy claras y muy precisas motrices del juicio no son realizadas

ó no son ejecutadas sino imperfectamente y con vacilación, y cuando impulsiones de la pasión no pasan tampoco del estado de simple sentimiento, de deseo, de aspiración, sin llegar á ser activas, puesto que la única medida de la fuerza de voluntad es su aptitud para triunfar de las resistencias. No son los músculos los que triunfan de los obstáculos, sino la voluntad, la cantidad de impulsiones que envía á los músculos; hay dementes en los cuales el centro de voluntad está morbosamente excitado y distribuye á los músculos impresiones extraordinariamente fuertes mediante las cuales realizan actos que no se creerían posibles: ancianos ó débiles mujeres rompen barras de hierro, arrancan cadenas, y no pueden sujetarles en una lucha varios guardianes vigorosos; si estas mismas personas fueran capaces de hacer otro tanto en estado de salud normal se les contaría en el número de los individuos más fuertes de su tiempo, pero son incapaces de hacerlo á pesar de que poseen el mismo sistema muscular que en su acceso de locura; de aquí se desprende que tratándose de un gran desarrollo de fuerza, se trata infinitamente ménos de los músculos que del vigor

de la impulsión que les es enviada por el centro de voluntad. La primera resistencia que la voluntad ha de vencer es la resistencia del conducto que le oponen los tejidos, los nervios y los músculos; cuánto más corta es la vía nerviosa que se pone en acción, tanto más pequeño y más delicado es el grupo muscular que hay que excitar, y cuanto más débil es esta resistencia, tanto más pequeña puede ser la impulsión de voluntad necesaria para la producción de un movimiento. Los músculos estriados más delicados que poseemos son por orden creciente, los de la laringe, del ojo, de la cavidad bucal, de la cara, de la mano; una voluntad muy débil basta, pues, para poner estos músculos en movimiento y para charlar, hacer muecas y visajes, mirar con ira ó alegremente y gesticular; á esto también se limitan, pues, los actos de los hombres ordinarios. Es ya un poco más difícil conseguir la contracción de los gruesos grupos musculares de los brazos, y aún más difícil la de los músculos de las piernas y del tronco; esto reclama una impulsión más fuerte, es decir un trabajo más vigoroso del centro de voluntad; por esta razón los hombres realmente débiles de voluntad consi-

guen rara vez que á su charla y á sus gesticulaciones sigan actos que exigen movimientos violentos, como por ejemplo la carrera ó un esfuerzo de los brazos. Lo más difícil, en fin, es la ejecución de movimientos que tienen por objeto vencer las resistencias exteriores, sea de las cosas inanimadas, sea de los séres vivos y en este caso, la voluntad no tiene sólo que vencer los obstáculos de conducto interiores que llegan á nuestra conciencia bajo la forma de pereza ó de aversión hacia el movimiento, sino también las fuerzas naturales (por ejemplo, el peso) ó las impulsiones de una voluntad ajena; tiene, pues, que ser capaz de emitir vigorosas impulsiones, más vigorosas en todo caso que las de la voluntad opuesta, cuando la resistencia que se trata de vencer emana de un hombre. Si la voluntad no es bastante fuerte para esto, las representaciones motrices del juicio, por muy claras y muy precisas que puedan ser, permanecen irrealizadas; sabrá uno con toda exactitud lo que tendría que hacer, deseará también muy vivamente hacerlo, pero no obstante, no lo hará; lo que llamamos falta de perseverancia y cobardía no es sino una forma de manifestación de la debilidad

de voluntad; no persiste uno en una empresa ó retrocede asustado aún antes de emprender alguna cosa, cuando exagera á sus propios ojos, por ignorancia, las dificultades, ó cuando las conoce y no se cree con suficientes fuerzas para dominarlas. En ambos casos, el juicio no forma claramente las representaciones de movimiento que en el caso dado son de rigor porque la memoria le presenta recuerdos de casos en los cuales la voluntad se ha mostrado demasiado débil para triunfar sobre análogas dificultades; la tibieza y la cobardía derivan por consiguiente de la experiencia de la debilidad de voluntad.

Un poderoso desarrollo de los centros de juicio y de voluntad, hé aquí pues las bases orgánicas del fenómeno que se llama genio. Un desarrollo del centro de voluntad por sí solo, no basta todavía para constituir un genio; habrá gigantes de voluntad capaces de vencer todos los obstáculos que se oponen á la realización de sus representaciones de movimiento, ya revistan la forma de cosas ó de hombres, de leyes ó de costumbres, pero no podrán elaborar por sí mismos representaciones de movimiento considera-

bles y eficaces: Hércules realiza los doce trabajos, pero tiene que mandárselo hacer Euristeo. Con la sola voluntad se podrá ser en el caso más favorable, un caudillo de ejército bajo el mando de Alejandro Magno, un Séleuco, un Ptolomeo, ó un mariscal de Napoleón; ó bien el ministro célebre de un monarca de genio, ó bien, y con mucha mayor frecuencia, el soberano inmortal de un ministro de genio; en el caso más desfavorable, un libertino que hará resonar el ruido de sus orgías en el mundo y en la historia, ó un criminal que infundirá terror á todos sus contemporáneos: un César Borgia ó un Schinderhanne; en el primer caso, realiza uno las representaciones de movimiento elaboradas por un centro de juicio ajeno y genial; en el segundo, las excitaciones emocionales conscientes á medias ó inconscientes de sus propios centros. El desarrollo exclusivo del solo centro de juicio produce por lo contrario por sí sólo, un genio, pero que tendrá un carácter diferente según que al lado del centro de juicio, el centro de voluntad esté á su vez más ó ménos desarrollado; el genio de juicio al que no acompaña un vigor especial de voluntad produce un gran pensador, un filósofo, un matemático, y aun quizás también un naturalista, puesto que dentro del género de actividad de estas categorías, los obstáculos dinámicos que hay que vencer son los más pequeños, las impulsiones de contracción muscular que hay que emitir, las más débiles; el juicio en estos casos, no necesita elaborar grandes representaciones de movimientos, sino que manifiesta su alcance y su poder de otra manera: deduciendo de las impresiones sensoriales apercepciones infinitas, nuevas, hipersensoriales: de una sencilla observación de números, el teorema de Pitágoras, la teoría de los números, el cálculo integral y diferencial; de la caída de una manzana, la ley de la gravitación universal; del contenido de percepciones de la conciencia, una teoría del conocimiento; de los hechos empíricos de la embriología y de la paleontología, el sistema evolucionista de Darwin. No puedo contarme entre los que participan del parecer de Baín, el cual en la jerarquía del genio coloca en la cúspide el genio filosófico; mi teoría me obliga á asignar al mero pensador y al mero investigador precisamente el último lugar en esta jerarquía; su grandeza estriba con efecto en el solo

juicio, pero éste es en sí mismo cuando la voluntad no colabora con él, incapaz de transformar las representaciones elaboradas por él, por maravillosas que fueran, en fenómenos perceptibles para los sentidos; para explicarlas verbalmente ó para escribirlas es necesaria ya cuando ménos, una actividad muscular, es decir una impulsión de voluntad. Si la voluntad de un genio del juicio no bastase siquiera para provocar la actividad de escribir ó de hablar, las más sublimes representaciones de un genio de esta índole no pasarían de ser estados de conciencia meramente subjetivos de los cuales nadie, fuera de él mismo, tendría siquiera una sospecha; serían movimientos moleculares en lo interior de su cerebro perceptibles para los demás únicamente en la medida en la cual dichos movimientos pueden ser experimentados y repetidos á través del espacio por otro cerebro, si no obstante se considera posible esta especie de percepción, es decir algo así como una lectura de los pensamientos de la clase más elevada.

Cuando al genio del juicio se asocia un centro de voluntad de una buena formación dentro del tipo medio, se obtiene el

gran promovedor de las ciencias exactas y el inventor. La esencia de las disposiciones y de la actividad de ambos es en el fondo idéntica; el experimentador, lo mismo que el inventor, deduce leyes de los fenómenos é imagina condiciones materiales que le permiten hacer que obren á voluntad suya las leyes encontradas; la diferencia entre ambos no es teórica, sino solamente práctica; el primero se contentacon reunir circunstancias y aparatos que han de mostrarle sí los hechos materiales concuerdan con las representaciones de su juicio, si una ley encontrada por sus centros cerebrales se confirma en el mundo de los fenómenos; el segundo por lo contrario, trata de crear disposiciones y arreglos que tienen por objeto exclusivo mejorar las condiciones materiales de la vida humana, entendiéndose estas palabras en su sentido más general. Tenemos por otra parte, que evitar en esto un error; un invento, un descubrimiento no tienen forzosamente necesidad de ser el resultado del genio de juicio asociado á una fuerza de voluntad suficiente: puede haber colaborado para obtenerlos el azar; no se considera generalmente que el legendario monje Berthold

Schwarz iba buscando la pólvora el día que al manipular una mezcla de azufre, de salitre y de carbón se produjo una explosión en el mortero, y el auténtico profesor Galvani no pensaba ni remotamente en una fuerza natural desconocida al suspender de un gancho de cobre un anca de rana. No me inclino sin embargo, á conceder al azar sino un reducidísimo papel en los grandes descubrimientos é inventos; hace falta de todos modos, un juicio poco ordinario para observar con exactitud un fenómeno desconocido, para advertir inmediatamente lo que no puede ser explicado de una manera satisfactoria con ayuda de los conocimientos de la época, para encontrar las causas y las condiciones de tal fenómeno y de ellas deducir nuevas representaciones; el azar no llega pues, á ser el punto de partida de un descubrimiento ó de un invento sino cuando tiene por testigo un eminente hombre cogitacional: el hombre emocional ordinario que tan sólo posee un cerebro que trabaja de una manera automática, se queda á obscuras ante fenómenos que no coinciden con sus representaciones heredadas y organizadas; sí el mortero de Berthold Schwarz hubiera hecho explosión en presencia de un hombre ordinario, éste se habría persignado, habría creído en una aparición del diablo y sacado de su observación á lo sumo, la enseñanza de que debería cuidarse en lo porvenir de no volver á manejar azufre; lo que es ese no hubiera inventado la pólvora. Lo que llamamos casualidades fecundas suceden diariamente ante la vista de la humanidad y siempre han sucedido ante ella, pero es preciso que un juicio extraordinariamente poderoso las observe para que sean comprendidas, para hallar sus leyes y sus aplicaciones; toda la materia de los fenómenos que constituyen el fondo de las ciencias biológicas, químicas y físicas, de los inventos en el dominio de la termodinámica, de la electricidad, de la mecánica, existe de un modo inmudable de toda eternidad y existía en tiempo de los hombres de la edad de piedra lo mismo que en nuestro tiempo; sólo que para comprenderla y dominarla se necesitaba un desarrollo del juicio que no alcanzaron ni los hombres primitivos ni los hombres de la antigüedad. Del propio modo, estamos hoy también rodeados sin duda por fenómenos de la más maravillosa naturaleza á los cuales no prestamos atencion, los cua-

les no sabemos interpretar y las leyes de los cuales no buscamos porque no hay nadie entre los vivos que posea un juicio bastante poderoso para deducir de la percepción sensorial de estos fenómenos la representación de sus causas y de sus efectos posibles; pero es cosa de todo punto verosímil que vendrán andando el tiempo genios para los cuales estos fenómenos serán accesibles, hasta fáciles de conocer, y nuestros sucesores en la vida terrestre no comprenderán que hayamos podido pasar estúpidos y obtusos, ante los más notables fenómenos, del mismo modo que nosotros no comprendemos que los hombres no hubieran encontrado hace ya millares de años, las materias explosivas, las máquinas de vapor y las aplicaciones de la electricidad. Luego pues, abstracción hecha de la colaboración mínima del azar, como he tratado de demostrarlo, queda este hecho que las experiencias entendidas en el sentido de Bacon: «preguntas racionales dirigidas á la naturaleza», planteadas con clara conciencia é intención y de las cuales se espera una contestación adivinada de antemano, por consiguiente, que los trabajos metódicos de un Roberto Meyer, de un Helmoltz, de un

Pasteur, de un Rœntgen, tienen como condición un genio del juicio y un centro de voluntad bien organizado. La asociación del centro de volnntad es necesaria, porque se trata esencialmente en materia de experimentación y de descubrimiento, de materializar representaciones elaboradas por el centro del juicio, y que la materialización no puede ser operada sino por la actividad muscular que no se origina á su vez, sino en las impulsiones de voluntad.

En el caso, en fin, en que el centro de voluntad está tan extraordinariamente desarrollado como el centro de juicio, sí por consiguiente nos encontramos en presencia de un hombre que es á la vez un genio de juicio y un genio de voluntad, en este caso podemos saludar á uno de esos fenómenos humanos que cambian el curso de la historia del mundo. Un genio de esta índole no se manifiesta ni por pensamientos ni por palabras, sino por actos: su juicio elabora representaciones nuevas, personales, y su voluntad es lo bastante activa y vigorosa para transformarlas á pesar de todos los obstáculos, en actos; menosprecia las maneras más cómodas de exteriorizar las representaciones

mentales, mediante el sonido ó el signo, y se contenta únicamente con emplear aquellas que obligan á vencer las más grandes resistencias; ni habla ni escribe por consiguiente, sino que obra, es decir, dispone de los demás hombres y de las fuerzas de la naturaleza atemperando unos y otras al sentido de sus representaciones; un genio así logra ser en la humanidad lo que quiere ser y hace lo que quiere hacer: descubre partes del mundo, conquista países, gobierna pueblos; realiza la carrera de Alejandro, de Mahoma, de Cromwell, de Napoleón; ningún poder humano impone un límite á su acción, á menos que tenga por contemporáneo á un genio de juicio y de voluntad igualmente grande ó más grande todavía; no puede fracasar sino ante una fuerza natural más poderosa que la fuerza de su voluntad; una tempestad hubiera podido aniquilar á Cristobal Colón, la enfermedad derribó á Alejandro, un invierno ruso destrozó á Napoleón: el centro de juicio puede en sus representaciones vencer á la naturaleza misma, el centro de voluntad no puede triunfar sino sobre fuerzas más débiles que la suya propia.

La organización de un genio de juicio y

de voluntad de esta magnitud implica que le falte en mayor ó menor grado y en los casos extremos por completo, lo que llamamos sentimiento y sentido artístico, necesidad de belleza y de amor; sus centros poderosos transforman todas las impresiones en representaciones claras y de ellas deducen juicios plenamente conscientes; una actividad automática se verifica á lo sumo en los centros inferiores de coordinación y de nutrición, los centros superiores trabajan de una manera original y no rutinaria. El genio está casi por completo emancipado de movimientos de alma obscuros, semí-inconscientes ó inconscientes, no es en modo alguno sentimental; por esta razón produce la impresión de lo frio y de lo duro; ahora bien, estas palabras significan lisa y llanamente que el genio es puramente cogitacional, no emocional. De esta organización resulta también que el genio es muy dificilmente accesible para las ideas originales elaboradas por otras cabezas; sus centros están organizados en vista de un trabajo original, no en vista de la imitación del trabajo de otro; han de encontrarse frente á la primera materia de las percepciones sensoriales para elaborar esta materia á

su propio modo personal en representaciones nuevas; los productos digeridos del juicio, es decir una primera materia de percepciones sensoriales que ha sufrido ya en centros cerebrales ajenos su transformación en representaciones, lo que viene á ser como si dijeramos, exactamente las peptonas intelectuales, si me es lícito expresarme así, que son las solas que el hombre ordinario se halla en estado de asimilarse, son intolerables para los genios.

Al llegar á este punto en mis consideraciones, una cuestión amenazadora se alza frente á mí: si el genio es juicio y voluntad en un grado de perfección extraordinaria, si su actividad consiste en la producción de representaciones nuevas, hipersensoriales, y en su realización sensible, ¿dónde van á ir á parar los genios emocionales, los poetas y los artistas? ¿me queda ni siquiera el derecho de admitir que los poetas y los artistas puedan ser tambien genios? Pues bien, este derecho me parece con efecto, cuando ménos, dudoso; no perdamos nunca de vista lo que es en realidad la emoción: las impresiones sensoriales son conducidas á los centros sensoriales competentes, estos centros imprimen actividad á otros centros sensoriales, á los que están acostumbrados á recibir impresiones simultáneamente con los otros centros; excitan los centros de voluntad y de coordinación y provocan por vía de reacción algún acto del organismo, aunque no sea más que una expresión del semblante, una modificación del ritmo del corazón, un grito, todo esto automáticamente, con arreglo á la costumbre heredada convertida en orgánica, sin intervención del juicio, el cual no recibe de los processus efectuados en los centros inferiores sino un semi-conocimiento obscuro, un sentimiento indefinido. Estos processus que se verifican fuera de la conciencia son precisamente las emociones; la poesía, la música, las artes plásticas, no tienen otra mision más que provocar emociones; cada una de estas artes trata de excitar en nuestro organismo con ayuda de los medios de que dispone, los processus que en la realidad son suscitados por una serie determinada de impresiones sensoriales y que experimentamos como emociones; el poeta lírico se esfuerza valiéndose de la palabra, el músico de los sonidos, el pintor de los colores, por determinar nuestros centros cerebrales al trabajo que tienen cos-

tumbre de realizar cuantas veces los sentidos les transmiten las impresiones que emanan por ejemplo, de un ser bello y atractivo del sexo opuesto, de un enemigo, de una potencia natural destructora, de una criatura semejante nuestra, que sufre, de una determinada estación del año. Cuánta mayor exactitud saben emplear en apoderarse y en imitar los signos de processus representables por medio de su arte es decir, los signos intelectuales expresados por medio de palabras, los signos acústicos, los signos ópticos, tanto más las emociones que excitan se aproximarán de las emociones que provocarían los mismos processus referidos; una producción de la poesia, de la pintura, etc., que no suscita en nosotros ninguna emoción, no es por nosotros reconocida como una obra de arte, aunque nuestro juicio reconozca que está hábilmente imaginada, que implica un gran gasto de aplicación y de destreza y el triunfo sobre poderosos obstáculos. El efecto de la obra de arte estriba pues, en la actividad automática de nuestros centros, pero ésta no es excitada sino por las impresiones que el organismo y toda la série de los antepasados estaban acostumbrados á recibir, excluye

toda novedad real y efectiva de la obra de arte, y para que esta obra produzca impresión ha de tener por contenido esencial impresiones viejas, habituales, organizadas; ahora bien, hemos reconocido como carácter distintivo del genio la aptitud para formar representaciones nuevas que difieran de las conocidas hasta entonces y para transformarlas en fenómenos perceptibles para los sentidos; ¿cómo este carácter puede pues, guardar concordancia con el arte, en el cual se trata exclusivamente de repetir impresiones viejas que son el patrimonio de la especie entera y en ella se han convertido en orgánicas?

La respuesta á esta pregunta escabrosa no me pone en ningún aprieto sino en tanto que me obliga á chocar contra maneras de ver muy generalizadas. Es una gran verdad: el genio emocional no es tal genio, hablando con propiedad; no crea en realidad nada nuevo, no enriquece el contenido de la conciencia humana, no encuentra verdades ignoradas y no ejerce influencia sobre el mundo de los fenómenos; pero supone no obstante, ciertas condiciones psico-físicas que hacen de él un ser especial y le distinguen del hombre ordinario. Los centros que producen las